

007 SARA, UNA HISTORIA DE CUENTO

Sara era ya anciana (tenía ochenta años), cuando heredó un castillo en las afueras de Inglaterra. Era de su tatará abuela, que, habiendo pasado de generación tras generación llegó hasta la propia Sara.

Sara era delgada, tenía un pelo hermoso envuelto en un moño, su pelo parecía un mar de plata con la luna llena resplandeciendo sobre el frescor de la noche. Tenía los ojos azules, nariz pequeña y labios pronunciados. Solía vestir de negro, pues su querido esposo hacía veinte años que había fallecido en un hospital de Saint Louis. La pobre Sara se servía de un bastón para apoyarse, pues su vejez le había dejado débiles las piernas.

Pero Sara no estaba sola, pues tenía cinco hijos, siete nietos y una bisnieta. De modo que siempre solía rodearse de una troupe de niños y niñas en su casa de Canterbury. Era una mansión de estilo señorial de a finales de los años veinte, propiedad de su querido Edgard, un rico noble de fines del siglo XVIII.

Ella no tenía necesidad de hacer nada en la casa, pues tenía señoras de la limpieza, cocineros, jardineros... vamos, era una señora de bien a la que le encantaba siempre encerrarse en su gran biblioteca y leer libros de historia, cuentos de hadas, y hasta le encantaba pasarse horas y horas estudiando su largo árbol genealógico que se remontaba hasta la Edad Media.

Pero un día, encontró unos documentos enterrados en un libro muy antiguo con cuadernas de cuero, olvidado en un rincón de su extensa biblioteca, en la que le comunicaban que ella era heredera de un castillo de las afueras de Inglaterra, propiedad de su tatará abuela, la Condesa de Yorkshire. Así pues, Sara, se puso a investigar ya con ochenta años y las autoridades fallaron a favor suyo.

Al día siguiente, un elegante jaguar vino hasta la puerta de su mansión para buscarla.

_¿Quién es usted? _preguntó Sara al conductor del jaguar.

_Soy su chofer. Para servirla _respondió un hombre alto y con porte elegante.

Así pues, por orden expresa de Sara, un séquito de personajes a su servicio fue trasladando sus pertenencias al castillo de las afueras de Inglaterra, dónde a partir de ahora, sería su residencia. Sus hijos mayores heredaron en vida la mansión en la que hasta ahora había vivido ella mientras que sus hijos más pequeños heredaron los apartamentos que tenía disponibles alrededor de medio mundo, pues Sara viajaba mucho. Pero a sus ochenta años veía que era una edad suficiente como para asentarse en un mismo lugar, por eso dejó de viajar, porque quería vivir lo que le quedaba de vida tranquila y relajada.

Una vez acomodada en su castillo, su familia iba a visitarla cada semana. Toda su extensa familia la visitaban con frecuencia y se quedaban a dormir dos veces al año: para el día de Navidad y para el Solsticio de Verano.

Pero un año, como cada año, para Navidad siempre solía estar rodeada de sus nietos más pequeños y de su bisnieta de cinco años. A todos les hizo regalos y a todos les cantó canciones navideñas de cuando era pequeña. Hizo una gran cena consistente en pavo relleno y dulces.

Como cada año, Sara solía interpretar con sus nietos más mayores la representación de la Natividad, después contaban cada uno historias con motivo del nacimiento de Jesús y finalmente, terminaban cantando todos juntos villancicos populares.

Pero ese año era diferente, pues su bisnieta de cinco años llamada Ada nunca había vivido la Navidad dentro de un castillo. Era su primer año que venía al castillo de su bisabuela. Y Sara quería que cuando pasadas las fiestas Ada se llevara un buen sabor de boca.

Era noche estrellada, y hacía mucho frío. Había nevado durante el día de manera copiosa hasta alcanzar un metro de espesor. El castillo era enorme y aunque estaba provisto de una gran chimenea, hacía mucho frío por lo que Ada iba enfundada en mil ropajes hasta que su padre se le ocurrió encender una de las calefacciones que habían instalado en el castillo recientemente. Pero igualmente, Ada siguió en sus trece y no se quiso despojar de sus ropajes que bien calentita que la mantenían.

Cuando todos se fueron a dormir hartos de comer y beber y embriagados por el espíritu navideño, Sara se acercó hasta la habitación de Ada para saber si se encontraba durmiendo y la descubrió que estaba mirando a todas partes desde el interior de su cama que por cierto, era enorme como todas las camas con dosel que habían pertenecido a la Condesa de Yorkshire.

_Ada, ¿qué haces despierta? _preguntó Sara entrando en la habitación.

_Tengo mucho miedo, abuelita _respondió la niña que consideraba a su bisabuela como su abuelita más querida.

_¿No puedes dormir? _preguntó tomando asiento en una mecedora, al lado de la cama, junto a la ventana.

_No.

_¿Quieres que te cuente un cuento?

_Sí, abuelita.

_Bien. Te lo contaré, pero has de prometerme que te dormirás si te lo cuento _hizo prometerle Sara.

_Te lo prometo, abuelita _respondió Ada.

Sara, por un momento, miró por la ventana y vio cómo las estrellas refulgían sobre el manto de terciopelo de aquella noche tan mágica. Por un segundo, se transportó a su tierna infancia, cuando era una niña más o menos de la edad de Ada y vio aparecer en el cielo una estrella fugaz en plena Noche Buena.

Pero enseguida, volvió su mirada cansada hacia su bisnieta y empezó a imaginar un hermoso cuento de hadas que decía así:

_" Era sé una vez, una niña muy bonita que vivía en un castillo de plata. La niña se llamaba Sara...

_... abuelita, la niña se llama como tú _interrumpió Ada.

Sara sonrió y prosiguió con el cuento.

_Así es _contestó.

"La niña llamada Sara que vivía en un castillo de plata, tenía el pelo largo, muy largo, tan largo que le arrastraba por el suelo. Sus finos cabellos eran del color de la plata y sus ojos, eran azules. Poseía una dulce sonrisa y a todos los súbditos del rey lograba embelesar con su gracia. Sara era una princesa que tenía más o menos la edad de tu prima Betty, unos diez años. La princesa era muy coqueta para su edad aunque solía pasar desapercibida cuando se lo proponía. Pero vivía en la torre más alta del castillo y allí nadie más que ella podía subir mediante unas empinadas escaleras de caracol. Los súbditos del rey se les tenía prohibido molestar a la princesa.

"Pero ocurrió que, un día, las empinadas escaleras de caracol fueron tragadas por la propia tierra. El castillo desapareció y con él el rey y sus súbditos. Sólo quedó en pie, la torre de la princesa Sara. Pero ella no podía salir de sus dependencias puesto que no había escaleras y Sara no sabía cómo salir de la torre sin que se hiciera daño.

"Entonces, se le ocurrió una idea. Con su larga melena haría la vez de escalera y eso mismo se dispuso a hacer con tan buena suerte que pasó un caballero montado en su brioso caballo y cayó en brazos del caballero.

_Abuelita, la princesa Sara y ese caballero ¿se enamoraron? _la interrumpió Ada.

_Claro que se enamoraron. Fue un amor a primera vista pero como eran demasiado jóvenes, el caballero que tendría unos doce años más propia la edad de un escudero, la invitó a ir a su casa. Sara por no molestar, rehusó la invitación. Pero sin querer se vieron envueltos en una contienda de magia puesto que el castillo de Sara había desaparecido por culpa de un mago perverso y el caballero se vio obligado a luchar con su espada. Sara que no tenía miedo a la guerra de magos ideó otro plan y con su larga melena se defendió de todos los ataques perpetrados por los magos. Pero ocurrió que, su pelo había cogido tanta fuerza y tanto brillo con el poder de mago que, se volvió mágico.

_Sara ¿tenía un pelo mágico? _preguntó Ada.

_Sí. Y, en cuanto el caballero descubrió las maravillas del pelo de Sara dejó de luchar y plantó su espada en la tierra y Sara retorciendo el pelo creó un castillo hermoso, resemebró los campos y alejó las guerras de su castillo...

Sara, al ver que la niña empezaba a tener sueño finalizó el cuento.

_Y vivieron felices y comieron perdices. Y esta es la historia de Sara, cuya vida era de cuento de hadas " _ dijo viendo cómo Ada se había dormido.

Entonces, con mucho cuidado y mucho sigilo salió del cuarto donde la pequeña Ada dormitaba y se dirigió escaleras abajo para dirigirse hacia la gran biblioteca que disponía el castillo, su propia biblioteca. Pero al entrar vio que estaba nevando en el interior de la biblioteca y se extrañó muchísimo. Como salido de la nada, un caballero ya anciano se materializó de entre la nieve y le dijo:

_Sara, llevo mucho tiempo esperándote... _dijo el caballero.

La propia Sara no sabía lo que había pasado pero el caballero comenzó a disipar la nieve y volvió a reinar el calor en la biblioteca. Rápidamente, el caballero provisto con una hermosa y reluciente armadura se acercó a ella y la tomó de la mano.

_Princesa, hace mucho que te espero _volvió a repetir.

Aún conmovida por lo que había ocurrido, no se atrevió a decir nada aunque encontraba la voz muy dulce y peculiar. Pensó y pensó y de repente cayó en la cuenta de quién podría ser:

_¡Edgard!

Era tal la emoción que sentía que, sus fuerzas empezó a flaquear.

Cayó al suelo con los ojos cerrados y cuando los volvió a abrir, se encontraba en el interior de un castillo de plata. Era niña de nuevo y su querido Edgard también era un niño.

_¿Qué ha pasado? _preguntó a Edgard.

_Has estado mucho tiempo fuera y tu larga melena color plata se estaba empezando a apagar. Gracias a ti se han evitado dos guerras de magos _dijo.

Mientras que la Sara niña había vuelto a su castillo de plata, la mujer anciana se había ido a reunir con su difunto esposo al único reino donde las almas justas van a parar. Aquella navidad mágica, sus almas se habían reunido para siempre en los cielos mientras un lucero se unió a las demás estrellas del cielo.